

donde se reunieron para gozar de una espléndida comida el juez, los abogados, el relator y escribano público y los acusados, que ya eran los mejores amigos del mundo. El tío Pedro, Colás y Laureta, muy ufanados por verse sentados á la mesa de sus amos, elogiaban á los dos abogados, los cuales habian salido mejor que muchos de esa profesion, del árduo empeño, para ellos tan inusitado, en que su padre los habia puesto.

DIA VEINTIOCHO.

Reunidos el sábio Filberto y su hijo con los muchachos de la Cartuja, les manifestó que acababa de recibir una carta, cuya letra le parecía de Clara.—Salgamos pues de dudas, prosiguió abriéndola, y leyó lo siguiente:

“Mi respetable padre: Deseando mi madre que mi hermana y yo demos á Vd. noticias de esta capital, comenzaré esta carta, dejando á Elisa que la concluya, por lo cual hallará Vd. dos letras y dos estilos diferentes. Mi hermana, como mas ingeniosa, escribirá sin duda con mas acierto que yo, que solo me valdré de lo que me dicta el corazon, quedándome siempre con el justo temor de no poder espresar á mi buen padre todo aquello que quisiera decirle.

“Desde que salimos de la Cartuja, lo pasamos perfectamente á Dios gracias, y mañana

esperamos partir de aquí para volvernos á la tranquila morada donde habita uno de los autores de mi vida, con mis hermanos. No hablo de mis primos, pues hace mucho tiempo que se hallan confundidos en nuestros corazones por el dulce vínculo de la fraternidad, y por los beneficios de Vd., de modo, que solo formamos una sola familia dirigida por un mismo jefe, amada de un solo padre, y educada por el mas venerable de los preceptores: motivo suficiente para bendecir al Todopoderoso por el feliz destino que su providencia nos ha concedido.

“Mi madre percibe desde ayer su renta vitalicia sin ninguna dificultad. El pagador es un hombre honrado y muy fino, ha conocido á mamá cuando niña, y de consiguiente manifestaba un verdadero interés en verla con dos hijas tan crecidas, diciéndonos que algun dia lo graria abrazar del mismo modo á nuestros hijos, aunque ya entonces seria muy viejo. Tiene razon, porque nosotros dejaremos la compañía de unos padres tan buenos lo mas tarde que sea posible, asegurando por mi parte que de ningun modo pienso todavia en el matrimonio.

Sonrióse Arleville, y continuó leyendo:

“Este Paris es un laberinto! El que le ha dejado algunos dias y vuelve á su centro, se aturde con el ruido de los coches y de los ca-

ballos, con los gritos descompasados de los que pregonan por la calle, legumbres y otros comestibles; y en fin, con la inmensa multitud de gentes que van y vienen, que se empujan unas á otras, pareciendo que todos tienen negocios. Reflexionando sobre esto, decia yo para mí: si pensamos que toda esta gente tiene casa donde albergarse, un lecho en que dormir, alhajas, muebles y dinero, es preciso maravillarse de la infinidad de muebles que deben fabricarse diariamente, y del considerable número de monedas que necesita una gran nación para que cada uno pueda hacer sus compras y ventas. Además, ¡cuántas ovejas no es preciso trasquilarse para obtener su lana, cuántas aves depollar de su pluma, cuántos trozos de madera despedazar para los muebles, y cuántas telas fabricar para cubrir éstos y vestir á los habitantes! Qué consumo no se hace de todas las cosas necesarias para la vida humana, siendo forzoso que todo esto sea en mayor número que los individuos!

“Acaso dirá Vd., padre mio, que mi reflexion es muy pueril, y en efecto la sujeto á su examen con timidez. Al ver tanta gente, no puedo menos de hacer algunas reflexiones acerca de sus trajes y de su diferente carácter, no habiendo cosa que mas me admire, que su diferente aspecto. El uno va muy recogido y pensativo;

el otro alegre, contento y alborozado; este va mirando á los que pasan con aire de desprecio; aquel apenas se atreve á levantar los ojos; el uno va canturiando una danza, mientras que el otro suspira tristemente.

“Mamá á quien he comunicado estas reflexiones, me dijo:—Hija mia, el que tuviese la paciencia de situarse un dia entero en el *Puente nuevo* con el intento de observar, conoceria la poblacion y todos los negocios de esta gran capital. Por la mañana luego que raya el sol, ó antes tal vez, se ve llegar á los lugareños, y recogerse á los jugadores; conociéndose á los primeros no solamente por su traje sencillo, sino tambien por su semblante fresco y risueño; y á los segundos por la palidez de su rostro, por sus ojos hundidos, por sus facciones desfiguradas y por la flojedad con que van andando, advirtiéndose desde luego que pasaron velando las horas destinadas al descanso. Mas tarde se dejan ver los oficinistas; poco despues la turba de curiales y litigantes; y al mediodia todo es una confusion general, haciéndose difícil el género de negocios de los que corren por estas calles.

“Por este órden me iba conduciendo mi madre hasta la media noche, dándome una idea de todos los habitantes de Paris, con aquella claridad propia de su talento y discrecion,

“No se me ofrece cosa particular que comunicar á Vd.; pero mi hermana, dirá mas que yo de lo que ha observado en Paris; voy á cederla el papel, la pluma y la silla, y concluyo asegurando á Vd. la profunda veneracion con que soy su mas obediente hija.—*Clara de Arleville.*”

Ahora sigue nuestra Elisa; dice así:

“Mi querido padre: Acabo de leer la carta de mi hermana, y sin ánimo de censurarla, no puede menos de parecerme estraño que se ocupe del Puente Nuevo, de los lugareños, de los oficinistas, de los curiales; y en fin, de todos los que pasan por allí. En el paseo á las Tullerías donde hemos estado ayer por la tarde, he examinado las modas y prendidos de las damas. ¡Oh! esto sí, esto sí que me vuelve loca! el modo de colocar un gorro, de prender un pañuelo, los chales, etc., todo esto me enamora! Qué mujeres tan bien puestas!... Ah!... Pero... por qué se las juzgará con tanto rigor? Lo cierto es, querido padre, que nuestro sexo es mas digno de compasion que el de Vd. Pasa un hombre por un paseo, y apenas le miran... pero á una pobre mujer!... ¡Oh qué revista pasa! no hay hombre que no la examine de piés á cabeza, y que no diga alguna cosa de ella, siendo lo peor que las demas mujeres la registran del propio modo, y aun la tratan con mas crueldad: por

manera que la infeliz tiene contra sí á los dos sexos, y esto es una injusticia.

“Mas dejemos este asunto demasiado fútil para un padre tan respetable, y hablemos algo de nuestras visitas.”

“Hemos visto á la esposa del procurador de casa, que apenas ha tenido á bien el saludarnos á mi hermana y á mí, bien que con mamá ha estado muy agasajadora.

“Madama de Ermancé, la famosa pianista, que Vd. conoce bien, se ha portado de distinta manera. Nos ha recibido perfectamente, y mi hermana ha tocado delante de ella su gran sonata de Clementi. Pero despues de haber tocado madama, hemos estado á pique de hacer pedazos nuestros papeles de música, y nuestros instrumentos, considerando que nunca llegaremos á tal perfeccion.

“Anoche hemos estado en su palco en el teatro de la ópera italiana, donde se representaba una composicion inmoral, y sobre todo, triste y melancólica. ¿No dicen que al teatro va uno á divertirse? pues de mí sé decir que me sucedió al revés.—La opereta sí me ha gustado. He concurrido al *Cuadro Parlante*, cuya música es muy graciosa, y me han asegurado que su autor era el famoso Grety, el mismo que compuso algunos de los admirables duos que cantamos en la Cartuja.

“Del teatro nos hemos ido al hotel, donde quise ensayar la música que acababa de oír; pero ah! si Vd. hubiera visto el piano, ¡qué destemplado! Esta mañana ha enviado mamá á comprar las árias y duos del *Cuadro Parlante*, para llevarlos á Roseville. Madama de Ermancé nos ha dicho que hay óperas nuevas, y nos enviará lo mejor de su música.

“Aquí tiene Vd., querido padre, cuanto tengo que decirle de Paris, pues no hay cosa extraordinaria que contar. Vamos á prepararnos para la marcha, y mañana esperamos reunirnos con las personas que mas queremos. Su hija amorosa.—*Elisa de Arleville.*”

Desde este dia se suspendieron temporalmente las recreaciones de la Cartuja; pero no por eso dejaron de trabajar los muchachos, dedicándose cada uno á las tareas que les parecian mas propias de su inclinacion.

DIA VEINTINUEVE.

---

El invierno interrumpió los inocentes recreos de la Cartuja de Roseville, que se reanudaron en la primavera.

La naturaleza recobraba nueva vida, y se vestían de gala los jardines de aquel agradable retiro, cuando el señor Arleville determinó continuar el curso de sus lecciones, que pocos meses antes habían sido la delicia de la familia. Con este objeto reunió un día á todos sus hijos, precedidos los varones por el sábio Filberto, y las niñas por su tierna esposa; y cuando vió que todos estaban dispuestos para oírle, habló de esta manera:

—Nosotros, hijos y sobrinos queridos, suspendimos nuestras amables recreaciones durante el invierno: la naturaleza misma quiso también reposar, y hemos imitado su ejemplo; pero

hoy mas hermosa, mas activa y lozana, vuelve á emprender sus útiles trabajos; todo se anima, todo muda de semblante; y la primavera nos anuncia, con mas energía que las otras estaciones del año, la augusta presencia, y los imponderables beneficios del Creador. Entreguémonos de nuevo á nuestros inocentes pasatiempos, recobremos la alegría y el vigor que los rigores del invierno han interrumpido; sembremos la carrera del estudio de nuevas y vistosas flores, que en el estío de la vida producirán sazonados frutos, y volvamos á entablar el método de vida que hemos empleado el año anterior.

Pero antes, véamos cómo y en qué ha empleado su tiempo cada uno de vosotros, porque sin duda, habreis trabajado y hecho algunos adelantos en las habilidades que vuestros maestros y yo mismo, hemos procurado enseñaros. Supongo que todos podreis darme alguna prueba de lo que habeis adelantado, ya sea en la pintura, dibujo y música, ó bien en las letras: hasta ahora no os he pedido cuenta de vuestros progresos, contentándome con inspiraros amor al trabajo en cuanto me lo han permitido mis ocupaciones; mas hoy quiero que me la deis del empleo de vuestras horas.

No se manifestaron tardíos ni perezosos, sino bastantemente aprovechados, nuestros pequeños personajes. El mas tierno recitaba las fábulas

de Florian con suma gracia y despejo, comprendiendo bastante bien las lecciones de moral que cada una de ellas contiene. En la escritura eran tambien notables los adelantos adquiridos. Carlos estaba algo fuerte en Cronología y Geografía, si se atiende á su edad, y Eugenio sabia la Historia Sagrada y la de Grecia y Roma. Antonio habia aprendido un precioso compendio de Arquitectura y conforme á las reglas que en él habia encontrado, habia construido un bonito palacio de madera con que iba á obsequiar á su papá el dia de su cumpleaños.

No pudo menos el señor Arleville de admirar esta obra en que se habia empleado mucha paciencia y buen gusto, y exclamó:—Alabo ciertamente la manera con que has construido este pequeño monumento, y sobre todo, el fin que te has propuesto en ello. Conservaré con mucho gusto este obsequio de tu ternura filial.

Examinó del propio modo á los demas muchachos, y todos dieron pruebas de haber adelantado en las diversas ciencias y bellas artes que cursaban. Evaristo habia compuesto varias coplas, á las que su prima Elisa habia puesto música, y las cuales Flavia cantaba muy bien con acompañamiento de piano. Clara habia ejecutado con bastante exactitud el retrato de su padre. Alejandro habia hecho dibujos al lá-

piz que llamaron la atencion de los inteligentes. Finalmente, todos manifestaron sus diferentes obras ejecutadas durante el invierno, y solo Teodoro no presentaba ni dibujos, ni música, ni versos, porque su trabajo era de otra clase. Tiraba el florete como un maestro de esgrima, y se habia dedicado á la gimnasia, desarrollándose su fuerza muscular extraordinariamente. Este jóven, que contaba ya diez y seis primaveras, era el mas gallardo de toda la familia; alto, robusto y á la vez fino y de modales elegantes.

El mayor de todos, el amable Enrique, habia empleado sus horas en componer una obrita destinada á sus hermanos, y que podia ser útil para perfeccionar su educacion. Como hubiese hallado entre los libros de Cipriano uno muy antiguo intitulado: *Cortesia pueril y decente*; despues de leerlo parecióle que efectivamente era muy pueril, y en consecuencia dispuso refundir este tratado, haciéndole mas fácil y adaptable á nuestras costumbres modernas. Escribió, pues, un cuaderno, que intituló: *Catecismo de buena crianza*.

Revisado por su padre, mandó á Enrique que leyese algunos capítulos: no se hizo este rogar, y como sabia la obra de memoria, dió el manuscrito á Cipriano para ir respondiendo á sus preguntas, en la forma siguiente:

P. ¿Qué quiere decir buena crianza?

R. Es el arte de andar, saludar, sentarse, levantarse, responder y presentarse con la cortesía que corresponde, delante de los demás hombres.

P. ¿Cómo debemos mantenernos cuando estamos en pie?

R. Derechos; los pies algo hacia afuera, los brazos caídos sin flojedad, la mano medio cerrada, los dedos un poco entreabiertos, la cabeza recta sin estar demasiado erguida, los ojos en ademán de prestar atención, la boca cerrada, etc.

P. ¿Cómo se debe andar?

R. Con mesura y sin abrir mucho las piernas. Es preciso también evitar que los dos brazos hagan el oficio del balancín de los bolatines. Tampoco se debe ir meneando la cabeza con esfuerzo hacia adelante á cada paso que se da; y en una palabra, es menester acostumbrarse á un movimiento suave y natural, si queremos dar gracia y buen aspecto á la persona.

P. ¿Cómo debe darse la mano?

R. Sin apretar demasiado, como hacen algunos necios que de esta manera pretenden pasar por hombres de fuerza hercúlea. Tampoco se dará tocando la estremidad de los dedos con la timidez femenil de otros, sino con algo de cordialidad, espresion y franqueza.

P. ¿Cómo debemos andar cuando vamos por las calles ó por el paseo?

R. Sin empujar, ni atropellar á nadie, cuidando de no tocar con las puntas de los pies los de los compañeros ó los talones del que vaya delante, por lo cual es bueno mirar al suelo de cuando en cuando, y si por casualidad pisásemos á alguno, le suplicaremos al punto que se sirva disimularnos, inclinando el cuerpo, y bajando la cabeza. Procuraremos dar siempre la acera de la calle á las señoras, á las criadas ó nodrizas que lleven criaturas, á los ancianos, y á todos aquellos á quienes debemos atención y respeto.

P. ¿Cómo entrareis en un coche ó en cualquier otro carruaje?

R. Haré de modo que entren primero que yo las personas que me acompañen. Daréles la derecha, en la testera, si hubiere allí lugar para mí, ó me sentaré al vidrio cuando sea menester. Al bajar seré yo el primero, para dar la mano á las damas. Si tomo en mis brazos á un niño, cuidaré de no asirlo sino por medio del cuerpo para no lastimarlo.

P. ¿Cómo deberé conducirme en un teatro, en un paseo, ó en cualquiera otro paraje público?

R. Cuando voy al teatro, ocuparé mi asiento, sin llamar la atención procurando estar con modestia y compostura, sin mirar con escésiva

curiosidad á una y otra parte, alargando la cabeza; me mantendrá seosegado sin hablar alto para no molestar   los demas, y si tomo mis anteojos para examinar   los concurrentes, lo hará de una manera que no se advierta: evitar  golpear el suelo con mi baston y no tomar  parte en las conversaciones de los estraños   menos que se me invite para ello.

En tertulias, saraos   concurrencias donde cada uno entra por su dinero, lo hará sin saludar   nadie particularmente; pero port ndome siempre con urbanidad y decoro, sin pasearme con descompostura, ni hacer otras demostraciones que desagraden   los concurrentes.

P.  C mo debemos portarnos al hacer una visita?

R. En una sala de amigos   simplemente de conocidos, entrar  pausadamente sin hacer movimientos estravagantes y llevando el sombrero en la mano. Me dirigirá   la señora de la casa; la saludar  respetuosamente, me volver  despues hácia las damas que est n   su lado para saludarlas sin afectacion, y hecho esto hará lo mismo con los hombres, buscando despues un asiento secundario.

P.  C mo se debe hablar?

R. Sin gritos ni aceleradamente; pronunciando las palabras con suavidad, pero de modo que se perciban, evitando las voces descompa-

sadas y los arrebatos propios de gente ordinaria. Es menester que la conversacion sea solamente para nosotros, y para aquellos con quienes hablamos.

P.  C mo debe responderse   los necios y   los que gratuitamente nos ofendan?

R. Esto lo indicarán las circunstancias, y solo advierto que siempre se deben emplear buenas palabras aun cuando nos injurien, y usarse de modestia si nos elogian, dan algun parabien, etc. Debemos dejar que hablen los demas, y no interrumpirlos hasta que concluyan; y caso que lo hagamos por inadvertencia, les pediremos que perdonen, rogándoles que continúen.

P.  Qu  reglas debemos observar para sentarnos y levantarnos?

R. Cuando entremos   visitar una dama, no debemos sentarnos hasta que se nos mande,   que ya lo están los demas concurrentes; y si tratamos con familiaridad   los dueños de la casa, lo ejecutaremos sin ceremonias. Una vez sentados, evitaremos cruzar las piernas, etc. Al levantarse de la mesa, no lo haremos hasta que la señora   el dueño de la casa lo ejecuten; pero si nos vi emos precisados   retirarnos antes que los demas, pediremos que se nos disimule, esponiendo el motivo que nos obligue   salir.

El pequeño manual de buena crianza del que

solo se ha insertado aquí una pequeña parte, gustó mucho al señor Arleville, aunque no dejó de advertir en él algunas cosas demasiado triviales; mas no por eso dejó de alabar el buen uso del tiempo que habia hecho su hijo Enrique.—Has compuesto, le dijo, un tratado muy útil para tus hermanos y primos, por lo cual deseo que cada uno de vosotros aprenda cada semana un capítulo, ensayando al mismo tiempo sus lecciones prácticas como un actor estudia sus gestos y situaciones.

DIA TREINTA.

Pocos dias despues, el sábio Filberto referia á Enrique el apólogo siguiente, que segun dijo habia aprendido cuando era jóven.

LA SALUD Y LA ENFERMEDAD.

APOLOGO.

—¡Qué tienes tú que hacer aquí, malvada? dijo cierto dia la *salud* viendo á la *enfermedad* arrojarle sobre un cuerpo en que ella reinaba, trayendo por escolta la fiebre, el delirio y todos los males que aflijen á los hombres; ¡qué tienes tú que hacer aquí? Este sugeto á quien yo protejo, y que disfruta mis favores, está sa-